

El Código Da Vinci: otra mirada

Se ha escrito bastante sobre la película y el libro de Dan Brown. Lo paradójico de esto es que con ello se alimenta lo mismo que busca el libro: despertar polémica. Qué mejor propaganda para una obra que ser prohibida o cuestionada como lo ha sido ésta. Pero se ha producido en parte una buena reflexión que amerita otros puntos de vista. Bastante se ha dicho sobre su carácter fantasioso, su falta de rigurosidad histórica, la atribución torcida de malas intenciones tanto a la Iglesia como a grupos dentro de ella, la superficialidad en el tratamiento de sus fuentes y la construcción casi maliciosa de una aventura que no tiene ningún asidero en la realidad. Ficción simplista, pero que ha traído jugosos dividendos al autor y, probablemente, al film en cuestión. Por lo mismo, abultar en estos tópicos no aporta mucho.

Pero sí quiero aprovechar este mismo revuelo para resaltar dos puntos. Escribo estas líneas saliendo de una librería neoyorkina, donde el apartado religión le dedica casi la mitad de sus libros a preguntarse por la historicidad de Cristo, su divinidad, los comienzos de la Iglesia, su relación con los discípulos y la importancia de éstos. Todos ellos escritos o reeditados a raíz de la obra de Brown y su filmación. Y todas preguntas que brotan de su lectura y que ésta supo recoger al momento de ser escrito.

Hay un fenómeno creciente en los últimos años y del cual Brown se hace cargo astutamente: el hambre por saber más sobre la persona de Jesús, sus orígenes, su misión. La curiosidad humana crece a medida que nos separamos en el tiempo del origen de la fe cristiana, Cristo mismo, en parte porque su comprensión resulta inabarcable, pero tal vez también porque el hombre moderno no se siente del todo satisfecho con las respuestas recurrentes. La pregunta “¿Quién eres?” tendrá siempre vigencia. Se impondrá la respuesta que lo presente en su verdad total. Las preguntas planteadas en el libro son, como toda pregunta, legítimas. Las respuestas dadas ahí, erradas. La tarea, entonces, es renovar con la misma astucia de Brown el anuncio de la persona de Cristo y dirigir al hombre moderno hacia esa luz que despide la verdad bien presentada. La oportunidad se ha regalado en bandeja y sería una lástima quedarse en el solo cuestionamiento de la película, sin aprovechar a satisfacer la sed de conocimiento existente sobre Jesús, recrudescida a raíz del fenómeno “Da Vinci”. En el ámbito eclesial norteamericano ya se habla del “servicio” que prestará el film, a raíz de la curiosidad gatillada en gente de otras confesiones por lo que es Cristo y su Iglesia.

Y hay otro punto que supo aprovechar muy bien Dan Brown: El rechazo de la cultura moderna a todo lo que pueda oler a secreto, a lenguajes crípticos, a medias luces, a contornos difusos. La Iglesia Católica ha hecho grandes esfuerzos por despejar toda duda sobre lo que ella es y a lo que sirve. Las sabias palabras de Juan XXIII al iniciar el Concilio Vaticano II - “abramos las ventanas de la Iglesia” - hablan de ese anhelo por darse a conocer cabalmente y sin tapujos a los fieles y al mundo entero. No hay nada que ocultar. Al contrario, todo es anuncio. Y esa ha sido una característica eclesial de un tiempo a esta parte, sobre todo bajo el pontificado de Juan Pablo II. Él dio infinidad de signos de que en la Iglesia no existe más misterio que Cristo mismo, insondable e infinito, y que su gran posesión es la caridad que la anima en el servicio a los hombres. Lo demás está ahí, a la vista de todos. Pocas instituciones se han mostrado como la Iglesia lo ha hecho, con cuentas públicas de su misión, bienes, objetivos y discurso. Pocos han hurgado tanto en el misterio de su centro y origen.

Pero si no se ha percibido así, habrá que hacerse cargo de la crítica. En efecto, el éxito del libro y ahora de la película, invitan a renovar el esfuerzo por despejar dudas que hablen de secretos, de puertas cerradas, de desconfianzas y otras ideas que distorsionan lo que ella es. El libro, en este punto, recoge un sentir que debe ser siempre objeto de atención y no subestimarse. Así se responde a la sensibilidad del hombre moderno por transparencia, verdad y cercanía. La verdad, finalmente, es lo único que libera (Jn 10,2). Tanto el libro “El Código Da Vinci” como la película se alimentan de fantasías que quizá resulten medianamente entretenidas, pero ajenas a la verdad de Cristo y su Iglesia. Buena oportunidad para descubrirla.

P. Hugo Tagle Moreno, psch.